

Concurso de Cuento y Poesía Colegio de Cirujanos Dentistas de Chile

Concurso de
CUENTOS
Y
POESÍA

Colegio de Cirujanos Dentistas de Chile

Inicio de recepción de cuentos
1° de Abril de 2014

Cierre de recepción
1° de Junio de 2014

Entrega de resultados: Septiembre 2014
Participantes:
Odontólogos, sus familias y amigos.
Temática Libre.
Bases en página web del Colegio de
Dentistas de Chile:
<http://www.colegiodentistas.cl/portal/>
Corporación de Letras de Chile:
www.letrasdechile.cl



Reunido el jurado, integrado por los escritores de la Corporación Letras de Chile, Lilian Elphick, Miguel de Loyola y Diego Muñoz Valenzuela, se discernieron los premios en categoría **CUENTO** como sigue:

1. VIENTO PUELCHE, que es una historia impactante y terrible, muy bellamente escrita, que además entrega una visión regional del extremo sur chileno. Autor: **José Francisco Muñoz Serón, de Aysén.**
2. CASA ABIERTA, hermosa alegoría del fin de la humanidad, escrita en forma muy concisa. Autora: **Isaura Neira Pino, de Concepción.**
3. INSECTOBOTS, buena prosa y argumento interesante. Autor: **Rodrigo Torres Quezada, de Santiago.**

MENCIONES HONROSAS

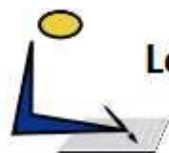
1. DISFRACES. Autor: Mario Medina Jorquera, de Santiago.
2. ALEATORIO Y EVIDENTE. Autor: Aldo Padilla, de Antofagasta,
3. CACHIPÚN. Autor: Edmundo Morales, de Santiago.
4. LAS APARIENCIA ENGAÑAN. Autora: Marcela Sabbatino, de Santiago.
5. LA RAMA SECA. Autor: Gabriel Carrasco Pérez, de Chillán.
6. PACTO POR AMOR. Autor: Pablo Tapia Pinto, de Lautaro.

Astrid Fugellie, discernió en categoría **POESÍA:**

MENCIÓN HONROSA:

1. TRANS, de Enrique Marchant Díaz.

Santiago de Chile, Noviembre de 2014



Letras de Chile

CUENTO

Viento Puelche

Primer Premio

Por José Francisco Muñoz S.

Será porque los chaiteninos crecimos jugando en las cunetas que, como ríos perfectamente cuadrados, recorren las calles de nuestra ciudad. Será, quizá por la rudeza del paisaje que todos llevamos tallado en el alma un acostumbramiento a la angustia.

Los chaiteninos sabemos de distancia y soledad, sabemos de encierro; por eso somos felices con cualquier minucia: por un viaje sin accidentes, por un día de menos lluvia, por esa vez que el invierno no se llevó ningún techo...

Borrachos de promesas vivimos nuestros días; creemos con una ingenuidad que da pena, en catamaranes veloces, en aviones nuevos, en carreteras continuas.

Tú sabes que los chaiteninos somos quijotes aguachentos. Soñadores compulsivos. Y yo... yo tengo alma de chaitenino... quizá eso explique por qué a pesar de que el viento Puelche me mintió yo no le guardo rencor.

En Chaitén, el viento sur es un visitante esporádico. Llega un par de días y todo lo transforma, las playas mínimas se visten de algas y la arena recobra su color original; esos días las mangas cortas embellecen a nuestras mujeres y todos olvidamos el encierro, la distancia y el frío. El obstinado viento norte, en cambio, nos arrincona en las pozas de abrigo y con su rugido prepotente nos anuncia el peligro; viene con

aguacero y sus olas son zarpazos que a diestra y siniestra, arañan nuestras costas entumecidas. Finalmente, a veces nos visita el Puelche argentino, es un hermoso embustero vestido de sol; aparece impetuoso desde la cordillera, empujando la nostalgia hacia el oeste infinito; es una tregua en medio de la lluvia, trae claridad y renovadas promesas..., pero miente. A mí me mintió, Vanesa mía, y a pesar de todo no le guardo rencor.

Diego se levantó como nunca, temprano. El día anterior estuvo preocupado de sus tareas y trabajos, estuvo haciendo méritos y regaloneando, salió un rato con sus compañeros de curso y regresó temprano. Preparó la canoa y cargó su mochila de liceo con galletas y bebidas. Todo debía estar preparado para salir al viaje que le tenía prometido desde hacía meses. Juntos remaríamos por las magníficas aguas del Río Negro desde el puente hasta su desembocadura. Tú, Vanesa, nos irías a encontrar a la Puntilla y terminaríamos así nuestro singular Día del Niño.

Todo estaba dispuesto para disfrutar de este maravilloso entorno nuestro. Con el Diego solíamos conversar de lo privilegiados que éramos por vivir en un lugar como Chaitén, un lugar pleno de belleza agreste. No nos cansábamos de mirar los atardeceres y respirar hondo, de cara al viento, cuando había temporal. Nos unía un amor profundo por nuestra tierra y por los detalles mínimos de la Patagonia.

Salimos de mañana y pasamos a buscar a un amigo del hijo; los diez kilómetros hasta el puente fueron eternos, estábamos ansiosos de llegar pronto al río y comenzar nuestra bajada. Sólo tus recomendaciones, Vanesa, llenaban el espacio como una música protectora.

Estacionamos el jeep a un costado del puente El Negro, y bajamos en andas nuestra canoa y sus remos, cargamos las mochilas y nos acomodamos en la estrechez de nuestra embarcación, los tres hundimos nuestras manos en la corriente para mojar el pelo y la cara con el agua fresca. Recuerdo que apoyaste tus manos en la barandilla del puente y nos hiciste un adiós larguísimo... nos gritaste algo incomprensible y todos asentimos con señas y carcajadas. Diego iba en la proa de la canoa y el otro Diego, en la popa. Yo remaba en medio, esquivando los troncos mortecinos y los bajos. Tiramos lienza por si caía algún salmoncito, pero no hubo suerte.

Aún recuerdo la belleza de mi hijo arrastrando su mano por el agua, haciendo una frágil huella que se perdía en cada brazada del remo. Su sonrisa llenaba el paisaje.

Temprano llegamos a la puntilla empujados por un suave viento del este. Habíamos recorrido el Negro en la mitad del tiempo que teníamos pensado. Nos tiramos en la arena y cuando nos cansamos de hacer nada, decidimos llegar hasta Chaitén navegando por la orilla del mar, después de todo faltaban más de dos horas para que llegaras a buscarnos. Nuevamente nos hicimos al agua y comenzamos a remar los últimos metros del río para adentrarnos en la bahía.

El Puelche sopló entonces más fuerte, su aliento se trocó en escarcha y el mar se ahuecó en olas de crestas blancuecinas. Cuando reparamos en la distancia que ahora teníamos con la costa, un escalofrío recorrió nuestras espaldas. Remé con todas mis fuerzas, con desesperación casi, mientras veía cómo la orilla corría despavorida hacia la cordillera y nosotros cada vez más desprotegidos en medio del

golfo. Diego a proa, el otro Diego a popa, silenciosos estaban... suplicantes sus ojos. Remé con todas mis fuerzas, te lo juro, Vanesa mía.

El Viento Puelche es un embustero, después de habernos acunado suavemente en los brazos del río, ahora nos arrinconaba contra el horizonte de agua inmensa.

Recuerdo que había dejado de remar unos segundos, intentando tomar un respiro, cuando la canoa se volcó; no estoy seguro si fue una ola enfurecida o el viento pampero que nos tomó en sus manos y nos alzó unos metros para soltarnos en las frías aguas del golfo. Quedamos esparcidos en el desierto helado. Nos buscamos y nos abrazamos con angustia. La canoa tumbada se veía a ratos, apareciendo y desapareciendo, alejándose irremediamente de nosotros. El Vilcún entonces, fue un faro, hacia él nadamos como único referente de tierra y amparo.

Puelche embustero. La promesa de un día hermoso la transformó en embravecidas olas que nos arrastraban con impiedad, el frío entumeció nuestros huesos. En medio del agua inmensa fuimos tres empecinados sobrevivientes.

Varias horas después, la oscuridad y el cansancio nos invitaban a rendirnos, el otro Diego dejó de bracear; lo tomé por el cuello y lo arrastré cuanto pude, sin perder de vista al nuestro, le gritaba para infundir más fuerza en sus adolescentes brazos y piernas. No sé bien cómo, pero llegué a la orilla tirando al amigo de mi hijo; lo dejé en la playa y sólo entonces reparé en su palidez, lo sacudí por un momento intentando adivinar un vestigio de aire en sus pulmones pero ya nada más podía hacer, no sé en qué minuto falleció, yo lo saqué a la orilla

intentando detener la avalancha de dolor de sus padres. Juro que lo arrastré cuanto pude.

Volví al agua para ayudar al Diego que se había quedado unos metros más atrás, cuando llegué a él, suspiré hondo al verlo que se aferraba a una jaula de salmones de la pesquera. Me acerqué y lo abrace con fuerza; estábamos a unos cuantos metros de la orilla, todo había terminado. Pero Dieguito no respondió a mi abrazo.

El viento Puelche embustero, embelleció de algas el cabello de mi hijo. Hirió sus huesos con sus andanadas de escarcha, le robó el calor de sus entrañas y no quiso regalarle un poco de aire tibio a sus pulmones infantiles.

¡Puelche embustero, envidioso compulsivo...! ¡No te bastaba mirarlo caminar por la costanera, no era suficiente para ti jugar con su pelo en las pocas tardes que nos visitabas! ¡Decidiste llevártelo, quisiste que la risa de mi Diego se confundiera con tu silbido cordillerano!

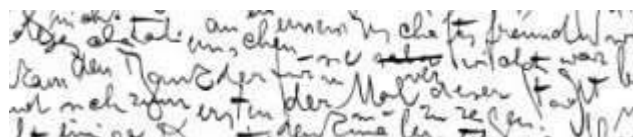
Vanesa mía, precisamente por esta forma de ser, porque crecí jugando en las cunetas, que como ríos perfectamente cuadrados recorren las calles de mi Chaitén; porque a veces soy feliz con cualquier minucia, precisamente por esto... no quise otra cicatriz en mi alma. No quise que la angustia y la nostalgia sean mis habituales compañeras; no quise más lluvia, más viento, más lejanía...

Un solo dolor para mi familia. Yo debía estar con Diego, sabía que si nadaba hacia el horizonte podría alcanzar al Puelche y sus olas embravecidas.

No quise cargar con otra herida en mi corazón, Vanesa, y a pesar de tu amor y de la mirada infinita de mi madre, decidí quedarme. Yo alcanzaría al Puelche argentino y me colgaría de sus últimas ráfagas. Fui entonces un verdadero quijote aguachento, empapado de mar y esperanza, nadando hacia el oeste persiguiendo al ladrón argentino. Le grité toda mi rabia. Cada brazada que di, fue una puñalada furiosa en la piel salada del golfo cómplice. Un rato después mi voz fue decreciendo y en la lejanía vi al Puelche detener su ímpetu pampero, el agua del mar entibió mi cuerpo y pude sentir con meridiana certeza el abrazo cálido de mi Diego. En medio del golfo, el Puelche dejó un momento su indolencia. Con ternura indecible me sacó del agua mientras el mar acunaba mi cuerpo entumecido en su lecho profundo. Tuvo el Puelche para mí, un gesto de ternura que calmó mi dolor. Por eso hoy, a pesar de todo, no le guardo rencor.

El Puelche argentino es un hermoso embustero vestido de sol; aparece impetuoso desde la cordillera, espantando la nostalgia...; es una tregua en medio de la lluvia, trae claridad y renovadas promesas... pero miente. Si, les miente a todos..., menos a ti Vanesa querida.

Te invito, cariño mío, a caminar por la costanera del pueblo cuando haya temporal del este; suelta tu pelo por un momento y deja que el Puelche lo encumbre libre, pasaremos entonces, presurosos Diego y yo por tus cabellos enloquecidos y llevaremos tu aroma con nosotros hasta el oeste infinito.



Handwritten text in German, likely a letter or note, with some corrections and a signature.

José Francisco Muñoz Serón

Profesor de Educación General Básica, nació en la Patagonia Chilena, en Puerto Aysén (1963). Recibió su formación personal y académica en la isla grande de Chiloé.

Actualmente reside en Coyhaique.

La actividad literaria de este profesor se inicia en 1997 cuando por razones de trabajo se traslada a la provincia de Palena y en el ejercicio de la docencia va conociendo las historias de los colonos patagónicos.

Su narrativa tiene un sello especial, ya que construye sus relatos a partir de hechos reales y desde ellos intenta describir con un lenguaje poético, los territorios físicos y espirituales de sus personajes.

Antecedentes literarios:

- 3er. Lugar concurso de cuentos para profesores – 1997 “*Lo intransable*”.
- 1er. Lugar concurso binacional de literatura (Chile – Argentina) – 1997 “*En edad de regimiento*”.
- 1er. Lugar concurso cuentos integrados de la Patagonia (Chile Argentina) – 1999 “*Una escampada en fiordo Largo*”.
- 1er. Lugar concurso de cuentos “historias de pescadores” IFOP– 2004 “*Un rosario en el golfo*”.
- Mención honrosa concurso de cuentos FUCOA – 2004 “*Nayahué, en medio de las Desertores*”.
- Beca para la creación literaria 2004 – Fondo del Libro .
- Mención honrosa “el libro que marcó mi vida” DIBAM 2006; “*Crónicas marcianas*”.
- Premio, Editorial Magisterio 2006 Edición libro “Cuentos de Cordillera y Mar”
- Beca para la creación literaria 2009.

- Primer y segundo Lugar en Concurso Binacional de cuentos Caleta Olivia, Provincia de Santa Cruz , Patagonia – Argentina 2010.
- Segundo lugar Concurso Nacional de relatos “Mi vida y mi Trabajo”, Santiago 2011; “*Los Gigios*”.
- Inclusión en colección Antología Patagónica de los autores Mario Miranda y Mario González Kappes; 2011 con el relato “*La espera*”.
- Tercer Lugar Regional concurso literario “historias campesinas” del FUCOA 2011; “*Puerto Ramírez*”.
- Tercer lugar concurso de relatos “Poeta Jorge Aguilera Pérez”, Collipulli 2012; “*Niños prestados*”.
- Primer y Tercer Lugar Regional concurso literario “historias campesinas” del FUCOA 2012; “*Puñelco*” y “*Una diligencia*” respectivamente.
- Primer Lugar Nacional concurso literario “Historias Campesinas” del FUCOA 2013, con el relato Sargento Núñez, Practicante de Carabineros
- Primer Lugar Regional concurso literario “Historias Campesinas” del FUCOA 2013, con el relato Sargento Núñez, Practicante de Carabineros
- Tercer lugar Nacional Concurso Literario "Arte y Derechos Humanos" 2014, Instituto Nacional de Derechos Humanos; con relato Semana Santa en la Patagonia.

Casa abierta

Segundo Lugar

Por Isaura Neira P.

*Evocando los recuerdos de la casa,
sumamos valores de sueño:*

No somos nunca verdaderos historiadores.

“La poética del espacio”

Gastón Bachelard

La casa ésta no tenía historia. No tenía pasado ni futuro, a diferencia de otras descritas en la literatura que son todo historia.

Quizás estuviera construyendo la suya, tan lenta e imperceptiblemente, que era igual que nada.

Como no tenía puertas, puede que por eso, no pudo acumular una memoria. Todo entraba y todo salía al mismo tiempo sin dejar lugar a que se fueran depositando junto con el polvo, cuentos, anécdotas, dichos, presencias; ni siquiera ausencias.

Construida a orillas de un río que en invierno lo arrasaba todo, expuesta al fuerte puelche, tampoco reconocía límites, no podía precisarse dónde comenzaba ni dónde iba a terminar.

En el jardín, a modo de recibimiento, dos pomposas vasijas matriarcales lucían sus contornos, die Dicke Berta y la Tía Culona, nombres que recibieron de un transeúnte que reconoció en ella a ciertos personajes literarios.

Una porfiada y retorcida Wisteria, llamada flor de la pluma, introducida por el hueco de la puerta trasera, luego de recorrer toda la casa, terminó por dejar caer sus pesados racimos de aromáticas flores azules sobre el respaldo del sofá de cuatro cuerpos.

En el huerto, debajo de una enorme higuera, una cama de dos plazas de altos espaldares esperaba a quien quisiera tomar una ligera siesta o pasar la noche mirando las estrellas arrullando sus delirios.

Había gatoperros, y las golondrinas anidaban en las macetas de flores secas que había por adorno.

Norma y Sofía, dos culebras mansas, deambulaban al descuido por los aposentos, velando por el equilibrio alcanzado.

Sobre el antiguo aparador, los retratos de familia miraban desconcertados a su alrededor sin encontrar un rostro que denotara algún cierto parecido que remitiera a parentesco aunque lejano.

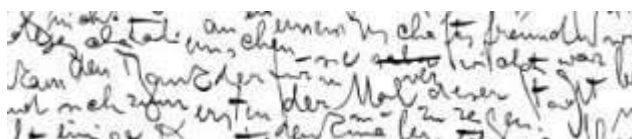
Los moradores entraban y salían, viajaban, sobrevolaban las habitaciones sin asentarse en ninguna de ellas.

Había libros, muchos libros, ordenados en estanterías y también por cualquier lado. Visitas iban y venían.

Dejaban sus zapatos, sus sombreros, algún libro. Se llevaban otros sin que nadie pareciera notarlos.

Quizás alguien, alguna vez, escribió sus impresiones dejando su pequeña historia como vestigio de su paso, en los muchos diarios de vida que había por ahí, olvidados en algún rincón junto a un grueso Gaestebuch que nunca nadie abrió.

Sus actuales moradores, expertos en comunicación digital, de encontrarla, no habrían podido descifrarla, pues hace ya algunas generaciones que perdieron la capacidad de leer la escritura manuscrita.



Isaura Neira P. nació en Los Sauces, entonces Provincia de Malleco, hoy IX Region, un 22 de Agosto de 1938.

Realizó sus estudios medios y superiores en Concepcion; es Odontóloga, Docente de la Facultad de Odontología de la Universidad de Concepcion en la Disciplina de Cirugia. Madre, Abuela, Bisabuela.

Narradora inédita, escribe desde la década del 80, no concursaba habitualmente, en el año 1984 obtuvo mención honrosa en el Concurso *Revista Paula* y luego de 30 años la invitaron a participar en el Concurso del Colegio de Dentistas.

Publicación: *Campo minado*, poesía(1992).

Talleres en la Universidad de Concepción con:

Mario Rodríguez, Mauricio Ostría, Gonzalo Rojas, Andres Gallardo, María Nieves Alonso, etc.

Insectobots

Tercer Lugar

Por Rodrigo Torres Quezada

En una calle poco concurrida, una juguetería permanecía como estandarte de lo que el comercio, en aquel sector, había sido hace tiempo. Un hombre viejo y su ahijado atendían el negocio. Al viejo no le quedaba otra opción y el joven ganaba algo con lo que podía pagar su instituto. La juguetería sobrevivía en base a la costumbre, los recuerdos y los clientes que se habían hecho con los años.

-Abra la caja, por favor. Quiero ver si están todas las piezas- dijo una clienta. Escribía obstinadamente en el chat de su celular.

Raúl, el joven, abrió con cierto desgano la caja. Indicó cada pieza a la mujer y le explicó que eran las mismas que aparecían en la fotografía de la caja.

-¿Tienes para envolver como regalo? -preguntó ella con un dejo de soberbia.

-Sí, claro. ¿Es para su hijo? -preguntó Raúl, intentando llevar hacia un lado más afable el trato con la mujer.

-Para mi hijo, mi sobrino, mi perro, no sé. Tengo tantos regalos que hacer que ya estoy perdida. No sé qué cosa es para quién. Lo único que tengo claro es que debo comprar, y lanzó una risotada como si lo que hubiese dicho fuese el mejor chiste del mundo.

El viejo estaba sentado y atrincherado en la caja registradora. Dirigió una mirada a su ahijado alentándole en señal de que estaba haciendo un buen trabajo. De pronto, sintieron un olor fétido. La mujer se llevó una mano a la nariz e hizo un gesto afectado. Se volteó y vio que había entrado una mujer vieja que tenía la ropa sucia. Observaba los juguetes de las vitrinas con nerviosismo. Su rostro con ojos abiertos y fijos, una cara ahusada y un cabello cochino tomado por un moño grasiento, hacían pensar en que no estaba en sus cabales.

-Ayayai, ésta es media cucú -dijo la clienta dando vueltas su índice en la cabeza -¡Uf! Qué mal olor hay aquí. Dame pronto mi compra, oye. No soporto más.

La clienta pagó el regalo, siempre con la mano tomando su nariz y se fue reclamando por el mal olor. El viejo y el joven, sin hacer tantos aspavientos, también dieron cuenta de la fragancia que la nueva visita había traído al local.

-Disculpe, ¿necesita algo? -el viejo se paró del asiento de la esquina y se puso junto al joven tras la vitrina.

La mujer agachó la cabeza y puso el rostro casi tocando el vidrio. Parecía tener problemas de la vista.

-Estoy buscando unos juguetes -exclamó con una sonrisa ingenua. Casi patética.

-Bueno, dama, llegó al lugar adecuado -contestó Raúl entre serio y bromeando.

El viejo reconvino al joven con un gesto e intentó ser claro con la mujer.

-Dígame qué quiere.

-Estoy buscando unos robots que vendían aquí.

El viejo mandó a Raúl a que buscara todos los robots que vendían en la tienda. Cuando el joven volvió con cinco cajas diferentes, de inmediato la mujer movió negando con la cabeza.

-No, no, no. Esos no. No son.

-¿Y cuáles eran? -preguntó el viejo.

-*Insectobots*.

Raúl movió las cejas. El viejo levantó los hombros.

-Lo siento, no recuerdo haber escuchado nunca sobre esos juguetes.

La mujer se puso triste y a paso lento, como si ella misma fuese una máquina, abandonó la tienda.

-¿Por qué no la echó a la primera? -preguntó Raúl a su padrino.

-No, porque es mejor dejarles claras las cosas a estas personas para que no vuelvan más. ¿Viste? Ahora ya sabe a ciencia cierta que sus robots no están aquí, así que ya no va a molestar de nuevo.

-¿Qué serían los Insectobots?

-Ni idea -respondió el viejo.

Al otro día la mujer regresó. Llevaba una bolsa de género con manchas. La puso sobre la vitrina, de golpe. La abrió y tiró hacia los lados distintos cachivaches. El viejo y Raúl le pidieron que se fuera pues estaba ensuciando el local.

-Tienen que estar aquí -dijo la mujer- ¡Sí, aquí!

Entonces extrajo de la bolsa cuatro juguetes y los puso en el vidrio. El viejo y su ahijado los observaron con sorpresa. En efecto, descubrieron, los robots tenían formas de insectos.

-Yo... Yo -la anciana se llevó una mano al pecho y repetidas veces se golpeó en él. Raúl sintió un tiquismiquis ya que la mujer era tan frágil y delgada, que le parecía que podría quebrarse como una porcelana -¡Yo, yo misma los compré aquí, en este lugar!

-Disculpe, pero no entiendo qué quiere. Sus juguetes están aquí -exclamó confuso el viejo.

-¡No! -gritó ella -Son seis. Yo sólo tengo cuatro... Yo, yo no le hice caso...

La mujer sollozó. Una línea de moco se fue a perder en sus labios creando una espuma al unirse con su saliva. Abrió la boca e hilillos pegajosos tendían un puente entre sus labios. Raúl miró hacia abajo.

-Si yo los compré aquí, aquí deben estar los otros dos -dio un golpe con el puño sobre el vidrio.

El viejo se restregó una mano en la cabeza. Como pudo, le explicó con calma y paciencia que la juguetería había sido antes propiedad de otro locatario. Probablemente ese hombre le hubiese ayudado en algo, pero había muerto hace años.

-¿Muerto? -preguntó la mujer como si esa palabra le hubiese abierto la mente.

-Así es, señora -respondió el viejo.

La anciana dio vueltas alrededor de la juguetería. Se puso una mano en la frente y no se la despegó durante un buen rato. Observaba como si quisiera cambiar el entorno con su mente y transformarlo en aquella época en la cual había hecho la compra.

-¿Llamo a la policía? -preguntó Raúl.

-No... Todavía no.

-Faltan dos –exclamó de súbito, la anciana- porque yo le compré el mosquito, la abeja, el escarabajo y la mantis. ¡Pero faltan la polilla y la mariposa! ¡Y no se los compré!

La mujer se aferró a una vitrina y gritó entre sus brazos. Antes que Raúl tomase el teléfono para llamar a la policía, entró un grupo de tres personas. Lucían nerviosas y muy asustadas. Un hombre de unos cuarenta años se acercó a la mujer y le dio un abrazo. Estaba desolado.

-¿Dónde te habías metido, mamá? -preguntó.

-Usted no es mi hijo, no sé quién es. ¡Suélteme! -regañó la anciana.

El viejo y Raúl estaban estupefactos. No supieron cómo reaccionar.

-Se nos perdió hace tres horas y andábamos como locos buscándola. Por suerte unos vecinos nos dijeron que la habían visto por aquí...

-Bueno... Me alegro -dijo el viejo.

La anciana fue conducida hacia la calle por dos mujeres jóvenes que al parecer eran sus nietas. Antes de irse, el hombre se detuvo frente a los cuatro juguetes. Los observó con sorpresa.

-Ella quería comprar los dos que faltaban de la colección
-dijo Raúl.

El hombre se pasó una mano por la cara. Suspiró. Dejó escapar unas lágrimas.

-Cuando era niño estos eran mis juguetes favoritos. Siempre le reclamé que me faltaban dos... ¿Saben? No había visto estos robots en años. ¡Ella los tenía guardados!

-Lástima que no tengamos los que faltan -contestó el viejo.

El hijo tomó los juguetes y los echó en la bolsa de la mujer. De su camisa sacó una tarjeta y se las extendió.

-Si algún día saben de alguien que los venda, llámenme.

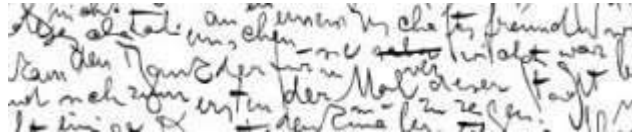
Entonces el hombre tomó la bolsa y salió del local. Afuera pidió un taxi y en él subió junto a su madre y las jóvenes.

-¡Qué raro!, ¿no? -dijo el viejo.

-¿Qué cosa? -preguntó Raúl.

-Que la única cosa que recuerda sobre su hijo es que no le compró esos dos juguetes.

Y ambos se sumieron en un silencio que les duró un buen rato hasta que otro cliente entró.



Rodrigo Torres Q.

Estudió Licenciatura en Historia en la Universidad de Chile. Desde ahí se ha dedicado a varios oficios, siempre manteniendo el gusto por escribir, que es lo más claro que tiene en la vida. Ha ganado los siguientes certámenes: Primer lugar en concurso de cuentos *Cuéntate algo, V versión*, organizado por Biblioteca Viva, año 2011. Primer lugar en el concurso *Saruman de ensayos 2011* en torno a la obra de J.R.R. Tolkien organizado por la Sociedad Tolkien de Chile. Primer lugar en el concurso poético *Día de la madre*, organizado por *Poetas del mundo* de Punta Arenas (2012).

Disfraces

Mención Honrosa

Por Mario Medina Jorquera

Me conocían como Caperucita Roja; mi verdadero nombre simplemente se lo llevó el tiempo y el viento. Vivía en la entrada de un vasto bosque con mi madre, quien me regaló la caperuza culpable de mi apodo y, entre los mil y un defectos que ella tenía, me obligaba a usarla, y nunca debía sacármela porque era de tela importada y, por lo tanto, carísima. Bajo la caperuza usaba mi querida blusa negra, mis pantalones ajustados rojos y mis zapatillas de lona. Mi otro familiar vivo, aparte de mi madre, era mi abuela; mi adorable abuelita, el único ser de este mundo que me importaba un bledo. Su salud no andaba muy bien, la artritis y el colesterol habían hecho de ella una especie de feliz despojo humano y, en su orgullo ridículo, no aceptaba ningún tipo de ayuda. Mi madre, por supuesto, hacía la actuación de preocuparse, pero en sus pensamientos sólo cabían frivolidades abyectas. Así, viendo las cosas de este modo, mi abuelita solamente podía contar conmigo. Una triste realidad.

El día en que todo empezó mi abuelita tuvo que sentirse realmente mal como para hacer lo que hizo. Llamó a casa diciendo “estoy enferma”. Mi madre, que contestó mientras se pintaba las uñas, dijo que me enviaría hasta allá con un pastel apetitoso y unas aspirinas.

“¿Por qué no le manda un médico?”, pensé haciendo rechinar los dientes. El asunto es que ni siquiera se tomó la molestia de hacer ella misma el pastel y me mandó a comprar uno; tampoco había aspirinas, tuve que comprarlas con mi dinero. Todo lo puse en una cesta octogonaria de mimbre cubierta con un mantel rojo que me entregó mi madre. Me veía igual de cándida que la novicia rebelde.

-Vuelve temprano -me dijo- en la noche jugaré canasta con mis amigas de Vitacura.

El trayecto lo conocía de memoria. El bosque se asemejaba a un laberinto intrincado, lleno de senderos que conducían a cualquier parte y otros a ninguna. Ante alguna bifurcación siempre doblaba a la derecha, caso contrario, podía encontrar algún peligro. Observé a mi alrededor, el camino lucía inmundo: los contenedores de basura estaban desparramados por el suelo; ardillas y perros hurgueteaban la mugre buscando algo de comer; restos de papeles de todo tipo pululaban por entre la hierba triste; grafitis de aerosol o navaja herían el tronco de los árboles. En una de éstas bifurcaciones estaba él, amparado bajo la sombra de un abeto.

-¡Buenos días, Caperucita! ¿Qué haces tan solita en medio de este peligroso bosque?

Me dejó perpleja la familiaridad con la que me habló. Lentamente se acercó; era un lobo, tan lobo y tan desconcertante que me aterrorizó. Usaba una chaqueta de cuero negra con capucha y unos pantalones rojos similares a los míos, y unas zapatillas de lona. Sus bigotes eran largos y curvos, brillaban con la luz y, sobre ellos, una nariz redonda y

bermellón contrastaba con la profundidad de sus ojos verdes, tan verdes como las hojas del abeto en que estaba apoyado.

-¿Cómo conoces mi nombre?

-Todo el mundo ha oído hablar de Caperucita, y ahora que te veo me resultas más interesante.

-Déjame en paz, tengo que ir a la casa de mi abuelita que se encuentra gravemente enferma.

-¿Y dónde vive tu abuelita?

-Eso no te interesa, lo siento, pero tengo que irme.

Aunque era extraño era increíblemente apuesto, tan masculino, pero no podía ceder; mi abuelita me necesitaba. Me sentí mal por haberlo tratado tan groseramente, mas que podía hacer, no era mi costumbre hablar con extraños. Seguí caminando bajo un sendero de álamos y sobre unos pastizales amarillentos. Trecho más adelante se avizoraba la cabaña de mi abuelita. Llegué finalmente. Para mi sorpresa, desde el interior se oía música. Mi abuelita jamás oía música, según ella, para no perturbar el canto de los pájaros.

La puerta estaba entreabierta. Entré y llamé tres veces; nadie me respondió. Del dormitorio venía la música y una voz, que por el tono, parecía explicar algo importante. Tomé el atizador del fuego como arma y empujé la puerta. Asomé mi cabeza con cautela.

Para mi total perplejidad estaba ahí, sentado en la cama, el mismo lobo que me había topado antes en el bosque usando con total descaro un pijama de mi abuelita. “¿Cómo hizo para llegar antes que yo?”, me pregunté. A su lado estaba ella, radiante, bebiendo con fruición un jugo

de naranja. Al verme ambos guardaron silencio y me sonrieron. El lobo me hizo señas para que me aproximara.

– Te esperábamos, nietecita -dijo mi abuelita.

Yo estaba petrificada. ¿Acaso se conocían con el lobo?

– ¿Qué significa todo esto?

-Es una historia muy larga -, dijo el lobo con esa voz tan profunda que tenía- si estás dispuesta a oírla empezaré enseguida a contártela.

Fue así como supe que el lobo era un terrorista, y que mi abuelita facilitaba la casa para sus reuniones clandestinas. De paso, ella misma se había vuelto miembro, y también me enteré que no estaba gravemente enferma, que todo era una farsa para evitar sospechas, y para hacerme ir ese día.

-Tu abuela me dijo todo sobre ti, Caperucita, y me encantaría que quisieras participar de esta causa por la democracia.

El lobo se levantó entonces y colocó un disco de The Smiths. No podía decirle que no a aquel animal tan apuesto, tan noble, tan valiente y decidido. Creo que en ese momento me enamoré de él; nunca antes tuve un novio, él sería el primero, me dije. Si hasta encontraba ridículamente tierno que vistiera el pijama de mi abuelita y que usara sus ropas y maquillaje para pasar inadvertido en sus correrías. Me hipnotizaba con sus ideas de libertad y esperanza para nuestro pueblo, “hay que hacer chirriar a la dictadura”, decía con convicción decidida, tal vez con algo de idealismo romántico. Oía su voz con una fascinación tal que el mundo a mi alrededor perdía toda consistencia y toda coherencia. Acepté sin cuestionamiento alguno y desde ese día mi vida giró en torno a atentados justicieros, escapes heroicos, lágrimas

ingratas, reuniones en sótanos soterrados y, por supuesto, en torno a él. Por otra parte, él no dejaba de admirarme y decirme lo genial que yo era. Estaba completamente segura de que yo también le gustaba, que era cosa de tiempo que sucediera algo entre nosotros. Un día, luego de una protesta que sin saber por qué se volvió en nuestra contra, en la que tuvimos que arrancar como ratas despreciables de la policía, ese momento llegó por fin.

Estábamos solos en casa de mi abuelita. Ella había ido a realizarse un supuesto chequeo médico y no dejó que la acompañara. Con el lobo veíamos una película tratando de calmar nuestros corazones aún amedrentados por el fragor del escape. De pronto, él se levantó y fue hasta la cocina; al volver traía una botella de vino y dos copas. Sin mediar alguna palabra la destapó y vertió su contenido bermejo dentro de las copas. Hicimos un brindis sin dejar de mirarnos a los ojos; yo misma me pude ver, pequeña y asustada, reflejada en su par refulgente de zafiros verdes.

- Hace mucho tiempo he querido decirte algo -dijo.
- Yo también -respondí.

No podía controlar mi corazón. Y por primera vez en mi vida sentí que la libídine me dominaba. Refregaba mis piernas una contra otra tratando de dominar a la bestia que amenazaba despertar. Me saqué la caperuza con el fin de disipar el calor, aunque sabía que esa no era mi intención.

- Lobo, qué ojos tan grandes tienes.
- Son para verte mejor, Caperucita.
- Y qué orejas tan grandes tienes.

- Son para escucharte mejor.

Me volvían loca sus respuestas. Estaba diciéndome en forma implícita, pero también perspicua, que me quería tanto como yo a él.

- Y qué manos tan grandes tienes.
- Son para tocarte mejor.

No podía más, estaba a punto de besarlo. Comencé a temblar.

- Y... ¡Y qué boca más grande tienes!
- Es para decirte lo que debo decirte.

Suave como un remo que toca el agua me lo dijo. El mundo iluso y estúpido que había construido en torno a él se desmoronó como un castillo de naipes. Entendí con toda claridad su preferencia por los disfraces de mujer, por el maquillaje y por bandas como Pep shop boys o The Smiths. Mi lobo era irrisoriamente gay, un gay de tomo y lomo, una florcita llena de espinas, el objeto prohibido de mi deseo amoroso. ¡Qué desperdicio!

- Espero que esto no cambie las cosas entre nosotros -concluyó.
- Claro que no -respondí aún aturdida y forzando una sonrisa hipócrita.
- ¿Oyes eso? -me dijo poniéndose en alerta.
- ¿Qué cosa? Yo no escucho nada.

Olvidaba que su oído de lobo era mucho más agudo que el mío. Sólo comprendí la situación cuando derribaron la puerta de la casa de un golpe. La brigada de negro miserable irrumpió zumbando como avispa, violando la paz de nuestro cuartel general. Con fuerza impelida nos agarraron y esposaron, el lobo trató de resistirse, pero unos golpes

atrocies lo tumbaron. En forma infame nos vendaron los ojos y nos llevaron quien sabe donde, dentro de un furgón lúgubre y de hálito nauseabundo. Al rato nos bajaron y nos condujeron con un hombre que a todas luces parecía ser el que estaba al mando del operativo.

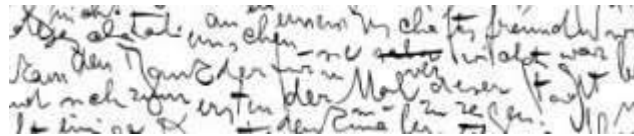
- ¡El cazador! -dijo el lobo trémulo al verlo.
- ¿Y quién es éste? -pregunté.

El lobo me explicó como pudo que el cazador era el mercenario más temido por los activistas debido a su crueldad y que nada podíamos hacer, que era nuestro fin. El cazador nos encerró dentro de una celda tétrica. Dentro de la celda estaba mi abuelita, que también había sido capturada. Nos abrazamos y dejamos fluir de nuestros ojos cuatro ríos correntosos y cálidos. El lobo se sentó bajo la ventana, cabizbajo y rugiendo algo entre dientes, sin despegar la mirada del suelo duro y gris.

-No te preocupes -me dijo mi abuelita sonriendo, -alcancé a avisar a tu madre antes de ser atrapada. Ella, con todas sus influencias y dinero, nos sacará de aquí muy pronto.

De esto ha pasado una semana. Nadie nos interroga, nadie se acerca para torturarnos; sólo nos tienen aquí, envueltos entre las sombras. De pronto, la reja de nuestra celda se abre y entra una mujer con una caperuza igual a la mía en la cabeza, pero negra, y con un fusil en las manos. La mujer se cuadra en posición firme, hace sonar los tacos de sus botas y nos apunta directamente con el fusil. Con mi abuelita nos abrazamos temiendo lo peor, el lobo se levanta del suelo y se pone delante nuestro para protegernos. La mujer se acomoda la capucha y sonrío malignamente. Casi me desmayo de la impresión al

ver de quién se trata. En ese momento comprendo todo, comprendo que ella siempre fue nuestra enemiga, que también era un personaje cínico que representaba a diario para no ser descubierta.



Hernán Jorquera es el seudónimo de Mario Medina Jorquera. Nació en Santiago en 1983 y vivió 14 años en Valparaíso, del 2000 en adelante, lo que marcó para siempre el inicio de su vocación literaria. De preferencia se ha dedicado a la prosa, y a la poesía en forma esporádica. Como prosista ha obtenido algunas distinciones: ganador del VI de relato breve del centro cultural Gronemeyer de Quilpué en septiembre del 2013 con el relato "El coleccionista", seleccionado entre los 100 mejores cuentos y publicado por el concurso Valparaíso en 100 palabras II versión año 2014 con el relato "El Chivato". En poesía fue seleccionado con el poema "Invención doce" para la antología de Nuevos Poetas Latinoamericanos Por La Paz de la Editorial Literaty Edition, Seattle, EE.UU.

Aleatorio y evidente

Mención Honrosa

Por Aldo Padilla

I.

Ese sonido nuevamente, un silencio que se convierte en rumor y que de a poco se transforma en un mar de voces enardecidas, te detienes un instante y tu oreja se para súbitamente esperando ese sonido que se destaca entre todas, esa mini explosión que parece conllevar la destrucción, la ira de un Dios oculto y sabes que sólo tú puedes detenerlo, el pedazo de hueso que llevas en la boca espera pacientemente el ser engullido y volver nuevamente a su origen, a la tierra que lo necesita para alimentarse, pero ese momento nunca llegará, el pedazo de hueso será olvidado en el mismo basural que fue encontrado esperando que alguna otra alma caritativa se apiade y le devuelva a su estado inicial. Empiezas a correr sin control, tratas de reconocer el lugar del cual ese monstruoso sonido que representa el inicio del fin se levanta y sube al cielo, para provocar el miedo entre los humanos, el caos reina y ellos no se pueden defender solos, su extraño lenguaje sólo hace que no se entiendan entre ellos y tú lo sabes bien, necesitan que alguien los guíe. Tu nariz te vuelve a direccionar hacia el lugar correcto, sientes un gruñido tras tu espalda, te detienes de a poco porque sin darte cuenta has ingresado a un terreno ajeno, piensas que lo mejor es mantener una actitud sumisa, y rápidamente ocultas tu cola

entre las patas, te das la vuelta, pero no hay nadie. “Es extraño este silencio”, piensas, los sonidos se han disipado, y las voces se han acallado, ¿será que la explosión los ha aniquilado a todos?, es mejor seguir corriendo bajo el mismo rumbo, es posible que los encuentres soñando despiertos, clamando por una vida distinta, aún no entienden lo feliz que es una vida simple, sobreviviendo con lo vital, ellos necesitan más, necesitan sentir posesiones, poseer amor, poseer un hogar, poseerlos a ustedes, no son nada sin esa sensación de pertenencia, siempre esclavos de sí mismos y de la posesión, tal vez nunca entenderán la libertad de la nada, pero igual los aceptas tal como son, ya que el castigo que tienen de vivir hasta el día que no puedan ni recordar su nombre, de caminar con dificultad, de no poder correr y sentir como el tiempo se pierde bajo tus patas no se lo deseas a nadie.

II.

Estuve pensando, mientras recibo un rayo de sol que calienta mi abdomen, observo a aquellos pájaros refrescarse con ese pequeño charco de agua y noto lo trabajadoras que son las hormigas, ¿qué puede hacer una criatura en su vida para en la próxima reencarnar como humano?, todo es tan difícil allá arriba, todo cuesta tanto, hablan del amor y no lo practican, hablan de tolerancia y ni siquiera se escuchan, casi todas las actividades que realizan son para aislarse de los otros, además he visto gotas de sangre salir corriendo de la cara de alguien directo al suelo por el “amor” que otro siente hacia él, he visto niños que deambulan junto a mí en la calle sin mejores alimentos que el vacío, el temor y la nada; he recibido patadas sin haber hecho nada, en cambio, cuando me he metido con la perra de otro, le he dejado

herencia y viene la pandilla a echarme algunos mordiscos, lo entiendo, es vida de perros esa, no ésta con tanta maravilla y libertad. Que alguien me explique cómo debo comportarme para nunca ser un humano.

III.

Un muchacho que corría como si no hubiera mañana, te despierta de tu larga reflexión, el sonido se había intensificado, los gritos, las pequeñas explosiones parecían más cerca, mientras corres, descubres que tal vez la reencarnación es aleatoria, pase lo que pase en algún momento volverás a ser humano, sin importar a cuantos extraños consueles con tu mirada mientras ellos se acerquen a acariciarte, sin importar a cuantos niños hagas sonreír con alguna mueca o simplemente moviendo la cola, sin importar nada de aquello, como parte de una epifanía te das cuenta que la justicia o equilibrio que rige al mundo es producto de la aleatoriedad, que fue la que decidió que fueras un perro, algún día decidirá que seas un solitario planeta perdido en el cielo que tanto te gusta contemplar, y algún día volverás a ser humano, porque tú sientes que alguna vez lo fuiste por toda la compasión y proteccionismo que sientes hacia ellos, es hermoso descubrir esa verdad tan clara, piensas, te quedas parado observando cómo la muchedumbre corre hacia ti mientras un enorme chorro de agua los persigue, quisieras protegerlos, morder a ese enorme monstruo de metal que arroja agua por su boca, y que tanto aterroriza a las personas que corren, pero no puedes hacer nada excepto quedarte parado esperando que la aleatoriedad haga su trabajo antes que tengas que enfrentar a ese enorme monstruo, por un momento todo se

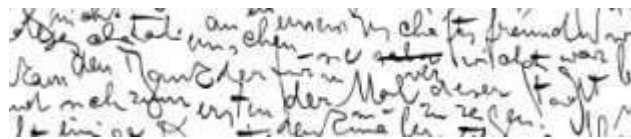
detiene, las personas, el chorro de agua en el aire, tu cola que se queda en el aire, ni siquiera puedes mover tus patas, oyes una especie de suspiro interno, y te preguntas si este es el momento, ese instante de máxima claridad, ese momento donde iniciaras una nueva reencarnación...

IV.

Hola, he llegado por ti, soy la dueña de todo cuánto viste, pequeño y lanudo amigo, discúlpame si no te llamo por tu nombre, no sé qué eres, no discierno tan bien como lo hacen aquí arriba, te veo como una energía que debo redireccionar, no guardo archivos ni me importa qué fuiste, hiciste, viste o dejaste atrás, sólo veme como una extractora, limpio el desastre. La Tierra siempre me ayuda; sí, amigo, vengo a llevarme tu alma, a dejar que mi compañero El Tiempo te lleve junto con El Olvido; te digo, no sé de memoria ni recuerdos ni nada, todo eso igual me lo llevo después. Aunque debo confesarte algo, siempre me han costado ciertas ideas, ciertos ¿hombres?, ¿lo dije bien?, hay unos que cuesta llevármelos abajo, pero por lo general, en la mayoría de los casos, (lo que hace algo monocromático mi trabajo), me he preguntado por qué es tan fácil, cómo es que la “famosa” y sobrevalorada vida no viene a pelearles más a menudo, se esconde corriendo cuando me ve llegar, se ahuyenta súper rápido la muchachita esa, es una cobarde; por lo que en un microsegundo o hasta menos, hago mi limpieza y “au revoir”. Te cuento, por si te interesa promocionarme, mi trabajo consiste en llevármelo todo: suspiros, gritos, relaciones, líderes, borregos, amor, odio, anarquías, (ja, las más fáciles), llanto, risa, inicios y hasta finales, como ya te dije antes, soy

muy rápida y efectiva, aunque hayan inventado ciertas cosas allá arriba como cánceres, resentimientos, y adicciones que hacen más largo el proceso, de locos, la verdad. Bueno, ya terminé mi cigarro post-entrega, aquí te dejo mi tarjeta junto a tu envase terrestre, por si alguien quiere adelantarse o adelantarle mi llegada a alguien.

Pd. No te confíes mucho en la publicidad de mi nombre, no sólo soy negro y me llamo Muerte, también me encuentras como “Monotonía” y me pintan de gris.



Aldo Padilla (1987), nace en Oruro, Bolivia, admirador de autores como José Saramago, García Márquez, Julio Cortázar, y cinéfilo, seguidor de directores como Haneke, Fincher, Farhadi. El año 2009 emigra a Chile para realizar un postgrado en el área de la Ingeniería y es allí donde empieza a escribir poemas y cuentos, cuyos frutos empiezan a darse en el 2013 donde obtuvo el primer premio el concurso “Representa tu Cuento” en la Universidad de Antofagasta, el 2014 logró el segundo lugar en el Concurso regional de poesía INJUV Antofagasta, y el 2013 su cuento “Manual del pato yeco” fue seleccionado para la edición del libro “Antofagasta en 100 palabras”.

Cachipún

Mención Honrosa

Por Edmundo Morales

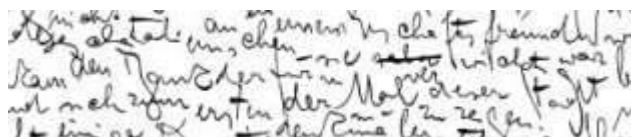
Cuando desperté de lo que a mi mente le pareció un breve sueño, pero que mi cuerpo sintió como una prolongada visita a una dimensión absolutamente desconocida, me percaté de que a pesar de que la funcionalidad de mis capacidades mentales marchaban a mil revoluciones por segundo, mi cuerpo no respondía. Quise seguir durmiendo. Necesitaba seguir durmiendo. Soñando que caminaba, que podía conversar de manera comprensible, comer como cualquier cristiano come, salivar como Dios manda, orinar de pie y de manera voluntaria, hacer popó sentado... sobre una taza de baño.

Antonella no avanzaba en el trabajo. En realidad era yo quien no avanzaba. Pero tampoco retrocedía. Mientras yo esperaba poder articular palabras ella me hacía pintar o dibujar, cosa que tampoco conseguía ni ella ni yo. No había avances y yo me daba por vencido varias veces al día. Y si conseguía dibujar dos líneas la saliva se derramaba sobre el papel, sobre el lápiz, sobre mis manos. Por las noches me daba por vencido muchas veces más. Pero no podía llorar. O sea, lloraba de manera virtual, me sentía como una mascota virtual.

Un día, Antonella no trajo ni lápices ni papel, no traía la pelotita de goma o la saltarina enorme sobre la que me recostaba cada día, ni nada de lo que alguna vez utilizó en las aburridísimas terapias, según

yo, de manera fructíferamente infructuosa. Cuando vi que aparecía sin ninguno de esos infantiles implementos la odié más de lo que la odiaba al verla con ellos. ¿Se habría dado por vencida? ¿Habría tirado la toalla conmigo tal como lo hice yo al despertar aquella mañana lóbrega? A pesar de ello sonrió; creo que también le sonreí mas no sé si es que ella lo percibió.

Me preguntó si es que sabía jugar al cachipún. Asentí con poca dificultad. Lo más difícil era hacer la tijera, pero a pesar de eso gané.



Edmundo Morales Rojas tiene 34 años y nació en Linares, VII Región del Maule.

Hijo, hermano, esposo y padre. Hijo de María y Jorge. El menor de 9 hermanos (5 mujeres y 4 hombres) de matrimonios distintos, es decir, los tuyos, los míos y los nuestros (3, 3 y 3 respectivamente). Casado y enamorado con y de Matilde Reyes con quien son padres de dos hermosos hijos.

Con estudios en Pedagogía en Inglés; actualmente cursa el segundo semestre de Odontología en la Universidad Autónoma de Chile.

Las apariencias engañan

Mención Honrosa

Por Marcela Sabbatino

Podría decir que Gonzalo fue mi “gran amor”, ése que no se olvida, ése que los funerarios recuerdos nunca logran sepultar. Sentado junto a mí durante la clase, siendo apenas un niño. Llené las páginas de una veintena de cuadernos con su nombre rodeado de corazones. No puedo negar que siempre supe que él era especial, diferente al resto de nuestros compañeros, pero en ese entonces sólo yo pude verlo.

Supongo que fue durante la adolescencia que cayó en cuenta de mis sentimientos hacia él. Debo agradecerle que siempre fue honesto conmigo, nunca permitió que me acercara en algún desquiciado tipo de plan romántico. Me mantenía al margen, siempre al límite, sin dejarme sobrepasar la línea que había trazado para mí; aunque yo, a veces, simplemente ignoraba y me acercaba peligrosamente, pero cuando lo hacía, él era lo suficientemente hábil para esquivarme y escurrirse como la arena entre los dedos, hasta salirse de mi alcance completamente.

Cuando fuimos mayores me sentenció de la manera más considerada que encontró. Creo que de alguna forma se lo agradezco, pues cuando quería podía ser muy cruel.

-Tú sabes que no eres mi tipo. Lo sabes. Siempre lo has sabido. -me dijo viéndome directo a los ojos, colmado de la frialdad tan típica de su personalidad. -Eres como una hermana para mí -agregó y sonrió tan dulcemente que me parecía casi imposible que esa misma boca recién acabara de fulminar mi corazón. Pero así era él.

-*"Eres como mi hermana"*, decía. Y lo repetía constantemente, para dejármelo bien claro, para construir un muro que me mantuviese alejada, para evitar que por mi mente se cruzara cualquier idea disparatada, para hacerme ver que él estaba fuera de mi alcance. Y sirvió, porque durante todos los años que duró nuestra amistad nunca volví a mencionarle mis sentimientos.

Sufrí, y mucho. Gonzalo era un tipo ideal, era inteligente, divertido, atento, luminoso; capaz de llenar cualquier lugar con su presencia. Era perfecto; ¿cómo podría alguien no amarlo?

El tiempo inevitablemente nos separó, y debo reconocer que eso me hizo bien. Logré superar sus ausencias airoosamente, no obstante, el destino, en un acto ladino, nos volvió a juntar, aunque no completamente; no veíamos de vez en cuando, íbamos al cine o nos reuníamos en mi casa. Fue entonces que debí asumir que yo aún lo quería, a pesar de saber que siempre me apartaría.

Un día llegó acompañado a una de nuestras reuniones. Recuerdo que era un día viernes, ¡¿Cómo olvidarlo?! No podía creer que me hiciera algo así, no me lo esperaba, no estaba lista. Era la primera vez que me presentaba a alguien. Intuí que debí ser

importante. Reconozco que estaba herida, pero mi orgullo ahora era más grande que mi amor por él, así que escondí mi dolor.

Quería llorar, gritarle en la cara cuánto daño me había hecho, lanzarle el vaso con agua en el rostro como las mujeres desechadas de las telenovelas... pero aguanté. Después de todo ¿qué derechos tenía yo para hacerlo? Fue sin rodeos que Gonzalo me presentó a su nueva pareja. Yo sabía de sus múltiples y nada serios romances. Pero ahora era diferente, se sentía diferente. Lucía enamorado, parecía feliz. Nunca antes lo había visto así, intercambiando miradas cómplices y sonrisas sin razón aparente. No había duda alguna: estaba enamorado.

Para mí fue fuerte verlo en esta tierna faceta; tal vez por eso su pareja no me agradó. Sabía que era injusta, no era su culpa de que Gonzalo no me quisiera, sólo tenía mejor suerte que yo.

Lo que sucedería después, fue otra jugarreta del destino. Transfirieron a Gonzalo al norte. Para esa época ellos ya estaban viviendo juntos y me pidió, como favor personal, que fuera de vez en cuando a su casa. En pocas palabras que le hiciera las veces de “amiga” de su pareja durante las semanas en que él se ausentaría.

- ¡Claro! -le dije, ahogando mi profundo desagrado. - Saldremos a tomarnos algo, a dar una vuelta por ahí. Todas palabras de buena crianza y que nunca esperé cumplir, sin embargo, terminé concretando, a la semana siguiente, una salida para tomar un café.

-¡Hola! -me dijo animosamente, mientras agitaba graciosamente su mano en señal de saludo.

- Hola, respondí desganada, sin enterarme aún que ese sencillo saludo sería el que desataría una conversación que duró varias horas. Descubrí a una persona maravillosa, encantadora. Sentía que podía contarle cualquier cosa. No había experimentado eso antes con ninguna de mis amigas. Supongo que si del amor al odio sólo hay un paso, del odio al amor debe haber incluso menos. Fue fácil comprender el porqué Gonzalo se había enamorado.

Hicimos de aquel café el refugio de nuestros encuentros. Cada vez que Gonzalo viajaba era sinónimo de que pasaríamos varias veladas conversando de todo y de nada en realidad. Esta nueva amistad se volvió la más importante para mí, incluso más importante que la que tenía con Gonzalo, y cómo no iba a ser así; si era tan fácil de querer.

Fue gracias a su amistad que poco a poco me di cuenta que el amor que sentía por Gonzalo había desaparecido y, que probablemente, lo había hecho hace mucho; sólo que yo era demasiado terca para dejarlo partir. Me pregunté si alguna vez lo habría amado realmente, si sería posible que a quien yo amaba realmente no existiera, porque por lo que hablábamos Gonzalo era muy diferente a la ilusión de lo que yo creía que él era.

Me gustaban nuestras reuniones, me gustaba su forma alegre de ver la vida, pero fui superficial. No pude darme cuenta de su real estado de ánimo.

Fue un fin de semana en que Gonzalo había partido, que llegó a uno de nuestros encuentros en el café. Vestía mucha ropa, tal vez demasiado para un día de verano tan caluroso, llevaba una boina negra

y unos anchos lentes oscuros, su apariencia me pareció un tanto llamativa, así que bromeé.

-¡Te levantaste con complejo de estrella! –dije burlesca, mientras se sentaba frente a mí en nuestra mesa de siempre. Yo quería una respuesta, una broma de regreso, pero sólo agachó la cabeza, como si se escondiera. No esperaba esa reacción... ni lo que me diría después.

Se quitó la gorra lentamente para dejarme ver un corte con cinco puntadas que tenía en el lado izquierdo de la frente, me señaló con el índice el recorrido de la cicatriz, le atravesaba desde el principio del cabello hasta el final de ojo. Cuando se quitó los lentes pude ver que estaba intensamente amoratado. Estaba perpleja, completamente sin reacción.

- ¡¿Pero..., qué fue lo que te pasó?! –pregunté cuando finalmente logré articular palabras. No obtuve respuesta. Comprendí que algo me había estado ocultando desde hacía tiempo. Me desesperaba su silencio, necesitaba una respuesta, así que volví a preguntar:

- ¡¿Quién te hizo eso?! ¡Contesta! –insistí molesta.

- Go...Gonzalo... – respondió casi susurrando.

No podía creerlo, o tal vez no quería. ¿Podía Gonzalo ser capaz?, me pregunté, volví a recorrer nuevamente su rostro herido, su mirada avergonzada, sus ojos violáceos y cargados de lágrimas, supe que era verdad. No mentía.

Gonzalo...mi Gonzalo, nunca había existido; era una cáscara vacía que vivía de las apariencias y por la que yo me había dejado encantar durante años.

- ¿Desde... cuándo?, ¿desde cuándo te hace esto? –pregunté. No contestó. Entonces supe que no se trataba de algo inusual, ocurría desde hace tiempo; desde el principio probablemente. -¿Y es... todo el tiempo? –agregué, aunque sabía que era una pregunta estúpida, no importaba cada cuánto ocurría; lo importante era que ocurría, y eso era imperdonable. -No puede ser..., no puedes permitir que te haga esto. - ¡Tienes que hacer algo! –dije demandante y elevé la voz, olvidando por unos instantes que no estábamos bajo la protección de un lugar privado.

- ¡¿Y qué quieres que haga?! –me dijo como reclamando.

- ¡Tienes que dejarlo! ¡Déjalo! –respondí convencida.

- ¡¿Qué?! ¡¿Qué lo deje?! –respondió, casi como si la idea le ofendiera.

- ¡Yo puedo ayudarte! –añadí convencida de estar haciendo lo correcto. No obstante, podía descifrar de acuerdo a su actitud, sus gestos y tono de voz que me oía, pero no me escuchaba.

- ¡¿Qué estás diciendo?! –preguntó, mientras yo notaba como la alarma se encendía en sus ojos claros.

- ¡Sí! ¡Podemos denunciarlo! ¡Llegaremos a tribunales de ser necesario! ¡Lo meteremos preso!, ¡No te volverá a poner un dedo

encima! –le aseguré, sin ser capaz de darme cuenta de lo que mis palabras comenzaban a provocarle.

- ¡Te volviste loca! Yo no puedo hacer eso... ¡Yo lo amo! –me dijo intentando auto convencerse y, de paso, convencerme a mí también.

La confusión y la duda se leían en sus ojos y en el temblor de sus manos, quise acercarme a ofrecerle consuelo; al principio me lo permitió pero luego su tristeza se transformó en rabia y la rabia no tiene amigos.

–Creo-creo que ya lo entiendo... ¡Tú lo que quieres... es separarme de él! –me dijo con seguridad, la seguridad que sólo entrega el hecho de saber que estás equivocado y que aún así seguirás adelante sin importar las consecuencias.

La angustia, finalmente, había abandonado su rostro. Ya conocía mis antiguos sentimientos por Gonzalo y los había usado como un escudo para evitar hacer lo que muy en el fondo de su corazón, sabía que debía hacer pero que nunca haría.

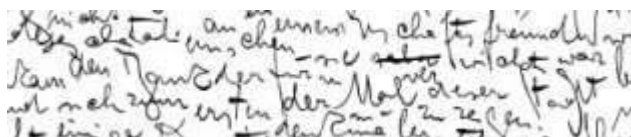
Intenté hacer que recuperara la calma, que comprendiera. Quería ayudar, se había vuelto mi confidente y me dolía lo que le estaba pasando. No quiso escucharme más. Volvió a acomodarse los lentes y su boina y se perdió entre la gente.

Ese fue nuestro último café.

No volví a saber nada de ninguno de los dos. Supongo que le contó a Gonzalo lo que le dije, y a él eso no le agradó. Intenté llamar,

pero no contestaron. Supe que no querían saber más de mí y acepté su determinación. Aprendí de una forma dolorosa el porqué se dice que no hay que meterse en las relaciones de parejas, porque es el tercero quien siempre pierde.

Nunca podré olvidar lo último que le dije mientras se marchaba dándome la espalda, escondiendo las golvizas que recibía tras una boina y lentes oscuros. Me dejó atrás con una última súplica entre los labios que hasta el día de hoy suena en mi cabeza: -Déjalo, Rubén. Déjalo. -repetí, pero él... no se volteó a mirarme.



Marcela Sabbatino nació en 5 de octubre de 1979. Estudió en el Liceo Siete de niñas de Providencia y se tituló de publicista en la Universidad de Santiago de Chile. Publicó varias novelas infantiles para la colección: “La magia de Chile”, de la editorial Mataquito y Editorial Conocimiento. El año 2012 participó en la elaboración de material pedagógico y literario en la serie “Exploradores” para la Editorial Pearson. En el año 2010 fue ganadora de una Mención Honrosa en el 20° Concurso Literario “Cuentos en Movimiento”, de las Empresas Denham, con el cuento: “Don Jacinto, el del triciclo rojo” y de otra; también el año 2010, en el Tercer Concurso Literario Teresa Hamel, organizado por la Sociedad de Escritores de Chile; con el cuento: “Mal tercio”.

La rama seca

Mención Honrosa

Por Gabriel Carrasco P.

Cada tarde de verano, cuando ya el sol comenzaba a descender hacia el crepúsculo, el anciano campesino iniciaba su viaje de regreso a casa, cansado de las pesadas tareas a las que lo tenía sometido la necesidad de sobrevivir y la feroz usura de sus patrones. La sonrisa permanente que le acompañaba le hacía parecer un hombre feliz, y verdaderamente lo era, porque había desarrollado la habilidad, escasa en muchas personas, de disfrutar de lo que él llamaba “la admirable naturaleza”, en medio de la cual, desaparecía la soledad que intentaba apoderarse de su vida desde que su compañera regresó al seno de la madre tierra. Un perro regalón y unas cuantas gallinas se habían transformado en su única compañía desde entonces. Ellos, con sus jugueteos inocentes, con sus necesidades y sus miradas agradecidas, le proporcionaban una permanente sensación de bienestar interior, de calor de hogar, de familia... lo hacían sentirse necesario para alguien y hacían más entretenidas y variadas sus rutinas.

Su espíritu libre y aventurero lo llevaba siempre buscar nuevos senderos en los bosques y montañas de su entorno y siempre encontraba nuevos senderos o nuevas huellas que seguía con entusiasmo sin denotar cansancio. A veces, desviaba su ruta para buscar entre los recodos de los senderos que zigzagueaban entre los

montes cercanos, alguna rama seca que llevar a su casa. Así, acumulaba suficiente leña para pasar el invierno sin dañar los bosques con su hacha. Mientras caminaba cargando la rama imitaba el canto de algunos pájaros del bosque que se había aprendido desde pequeño o silbaba viejas canciones que estaban grabadas en su memoria y surgían en forma automática de sus arrugados labios, para hacer más corto el camino.

Una tarde, después de haber recorrido un par de kilómetros cerro arriba, encontró una rama seca más grande y pesada que lo usual y sin pensar en el cansancio la cargó sobre sus hombros y emprendió el regreso por la misma ruta que había venido, silbando sus viejas canciones, como acostumbraba y haciendo varios descansos para asegurarse de terminar su viaje en buenas condiciones físicas. Al llegar a la enorme piedra que coronaba la pequeña cumbre en cuyos faldeos se encontraba su hogar, decidió sentarse en ella y desde allí observar, como siempre, el grandioso despliegue de formas y colores que, desde ese punto, le ofrecía la naturaleza.

Desde ese mismo lugar la había observado muchas veces, de pie sobre la roca. Sin embargo, ahora le pareció distinta la imagen que proyectaba el mismo paisaje, porque de tanto mirar y admirar su entorno, los pequeños grandes cambios que cada día lo afectaban, como el cambio de color de alguna hojas, las flores que de pronto aparecían en las ramas de algún árbol, algún fruto que ya no estaba o había cambiado de color... ya no le llamaban la atención; pero ahora se veía diferente, con diferencias que no podía comprender en plenitud, y se quedó absorto algunos instantes tratando de explicarse aquel fenómeno.

–Debe ser porque estoy sentado –pensó en voz alta –a esta altura estaban mis ojos cuando era niño y todo lo que veía entonces me parecía mágico...

Guardó silencio enseguida, mientras ordenaba sus ideas, y comenzó a recordar las mágicas imágenes que en su infancia había creado frente a esos mismos paisajes. Recordó haber visto los cerros vestidos de un deslumbrante verdor producido por las brillantes hojas de robles, raulíes, mañíos y tantos otros fértiles y frondosos árboles, cuyos troncos se alzaban tan alto, que parecían querer atrapar el sol con sus ramas.

Le gustaba escurrirse bajo ese follaje y disfrutar la magia de la frescura que se respiraba allí, mezclada con el aroma de boldos y peumos y adornada con el musical sonido de una enorme cantidad de aves silvestres e insectos que allí tenían su hogar.

Cuando él jugaba bajo ellos en el verano, la energía que brotaba desde sus raíces comenzaba lentamente a atraparlo, hasta que finalmente se dejaba atrapar plenamente por ella, se tendía sobre las hojas que tapizaban el suelo y se quedaba muy quieto, como para disfrutar la extraña sensación que le producía ese cosquilleo generado por la poderosa energía del universo al conectarse a su cuerpo. Era como si pequeñas raíces brotaran de su sensible piel y penetraran hasta lo más profundo de la tierra haciéndolo sentirse uno con el universo.

Entonces sentía que su cuerpo era ingrávito y podía ver las montañas, los árboles, al igual que el sol y las estrellas y deseaba quedarse mucho tiempo allí, viviendo una realidad absolutamente mágica para él, de la que ya casi no se atrevía a hablar con sus amigos, porque cada vez que lo hacía, debía enfrentar su incredulidad y a veces,

hasta sus burlas... Pero igual gustaban disfrutar de la cálida energía del sol y compartían con él, algunas veces, los juegos que desarrollaban bajo la acogedora sombra de los árboles.

Así, a lo largo del tiempo, aprendió a conocer y a reconocer las plantas, las semillas de distintos tipos de árboles, arbustos y hierbas y las distintas formas de reproducción de los insectos y pequeños aves y animales que habitaban en ese lugar. Había aprendido a cultivar distintas hierbas y a conocer las propiedades medicinales de algunas de ellas mientras iba creciendo hasta hacerse adolescente...

–Casi todos los árboles fueron talados –murmuró con nostalgia mientras seguía observando desde su puesto en la roca –hoy solo quedan algunos sobrevivientes y los retoños que se atrevieron a brotar sobre la tierra herida. Y pensar que yo corté muchos de aquellos árboles cuando era joven. Quería trabajar para ganar dinero y fui contratado para cortar esos árboles. Éramos muchos los hacheros y talamos el bosque hasta que el suelo quedó desprotegido y ahora tiene enormes heridas que lo han dañado. Debe dolerle mucho a la tierra aún –se dijo con amargura... y se sumergió nuevamente en sus recuerdos, silbando suavemente sus repetidas canciones...

Allí había iniciado su vida de trabajador a los diez y seis años enarbolando el hacha contra el tronco de añosos árboles que iban cayendo uno a uno, y por los cuales le pagaban diariamente algunas monedas, con las que contribuía pobremente a la pobre economía del hogar.

Recordó la alegría con que aceptó ese primer trabajo. A él le gustaba trabajar. Había trabajado desde muy pequeño en las labores de cultivo del hogar, acompañando a su padre, y se sabía con bastante

fuerza como para realizar los trabajos más pesados que había visto ejecutar a él, sus tíos y otros conocidos a lo largo de su joven vida... y se entregó con ahínco a la tarea que debía realizar.

Cuando comenzó a cortar el primer árbol sintió un extraño malestar que recorrió todo su cuerpo, como si algo dentro de él se negara a aceptar lo que estaba haciendo. Era como si desde el fondo de la tierra alguien estuviera tratando de enviarle un mensaje implorando algo que no comprendía, pero siguió incansable en su tarea, pensando en el dinero que aportaría a su hogar para que su familia pudiera vivir un poco mejor.

La lucha entre la alegría de apoyar económicamente a su familia y la extraña sensación que le producía cortar un árbol le acompañó durante todo el tiempo que duró su trabajo. Cuando la tala quedó concluida y pudo observar el resultado de su trabajo, de golpe comprendió el sentido de esa extraña sensación que acompañó a cada golpe de hacha con que hería el tronco de un árbol hasta verlo caer. Era tan grande su interés en aportar, aunque fuera con unos miserables pesos, a la escuálida economía del hogar, que olvidó todos los maravillosos días que había disfrutado en su cercana infancia, compartiendo la cálida energía con que los enormes árboles lo conectaban a la madre tierra y al resto del universo. Al comprender su error, una lágrima furtiva se descolgó de sus ojos y fue a perderse en la superficie de la tierra herida...

–Ya no tiene sentido lamentar el daño que he hecho –se dijo mientras trataba de calmarse –lo que debo hacer es comenzar a repararlo...

Entonces fue cuando decidió que, en adelante, solo usaría el hacha para cortar las ramas secas que recogería de los bosques, con el fin de hacerlas leña para su cocina. Y trabajaría sembrando y cuidando las plantas para que pudieran crecer sanas y poderosas, de modo que la tierra allí, no tuviera más heridas y los árboles volvieran a transmitir para él la energía que le había dolido tanto romper. Por eso iba por la vida con una radiante sonrisa siempre en sus labios o silbando como si fuera una de aquellas aves que jugueteaban alegremente entre los árboles ...

Desde entonces, sus manos sólo enarbolaron la semilla que debía sembrar o la pequeña planta que debía colocar cuidadosamente en la tierra blanda para que sus raíces disfrutaran conectándose a la energía del planeta para crecer como un bello arbusto, una fresca hierba o un robusto árbol.

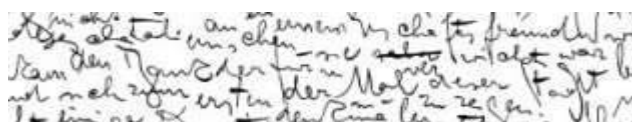
Añoró volver pronto a nutrirse de la energía que brotaba bajo los árboles tal como lo hacía cuando niño, pero sintió vergüenza de acercarse a ellos todavía. Tendrían que pasar varios años antes que sintiera que su culpa estaba pagada, y se atreviera a disfrutar nuevamente de su conexión a la mágica energía cósmica que brotaba allí, bajo su ramaje.

Cuando finalmente lo logró, sintió que había recuperado el derecho a ser feliz... Desde entonces ha ido por la vida cantando, silbando, sembrando toda semilla que llega a sus sabias manos, cuidando la naturaleza, de la cual se sabía parte... Ya ningún patrón consiguió que tronchara la vida de árbol alguno, aunque le ofrecieran un buen sueldo por hacerlo.

–Mire, patrón –solía responder –ya causé demasiado dolor a la tierra cuando maté tantos árboles. No quiero caer nuevamente en la misma trampa. Cuando necesite un sembrador, entonces ofrézcame trabajo y yo lo aceptaré...

Absorto en sus reflexiones y recuerdos, dejó que los minutos siguieran pasando. De pronto, alzó la vista y vio que el sol había desaparecido ya tras los cercanos cerros. Entonces se levantó, tomó su rama seca y reinició su ruta alegremente, a pesar del cansancio, sintiendo que el bosque se había iluminado ante él para decirle que, desde que había vuelto a conectar su vida a la magia que había descubierto en la naturaleza cuando apenas era un niño, había iniciado su regreso al seno del universo, al cual algún día, igual que la rama seca que cargaba sobre sus hombros, retornaría para despojarse de su vida y volver a formar parte de la energía de la cósmica energía de la que sabía, había venido.

Consciente de esta nueva revelación, ensayó sus más alegres silbidos y con ellos sonando como victoriosas melodías, se alejó cerro abajo y sólo se detuvieron para transformarse, finalmente, en sonoras risas de saludo, con las que acostumbraba expresar el aprecio y cariño que profesaba a su perro y a sus gallinas que lo esperaban, como siempre, pacientemente en casa...



Gabriel Carrasco Perez, nacido en Chillán el 22 de junio de 1948; Profesor desde 1967. Trabajó en Tucapel, Trupán, Portezuelo, todas localidades rurales de la octava región.

El año 1991 ingresa al cargo de orientador del Liceo Virginio Arias de la comuna de Ranquil. A partir del año 2004 ejerce en la escuela básica de Ñipas de la misma comuna como director y posteriormente como orientador hasta la fecha. Estudios: Pedagogía en ciencias básicas, Escuela Normal Juan Madrid de Chillán. Orientador profesional, Universidad Católica del Norte. Magíster en administración educacional Universidad Mayor.

Publicación en la revista *Miscelánea* del Instituto Profesional IRIDEC de Talca, tema: El sentido de mi vida.

Premios: 3° lugar concurso de cuentos 2014 Ahorrocoop.

Participación en exposiciones de pintura en la década de los 70", en salón Tanagra y en exposiciones colectivas en museo normalista de Chillán 2013 a la fecha.

Pacto por amor

Mención Honrosa

Por Pablo Tapia P.

Existe en el sur de Chile una pequeña comunidad conocida como Lliulliucura; es en esta pintoresca localidad indígena donde nuestra historia nace.

Una mañana como cualquier otra, Rayen se levantó y dijo, como era su costumbre, un viejo adagio: ¡Caminando desperté, caminando me dormiré!... Esta esforzada mujer cada día sembrada cebada para vivir, y durante años su cebada fue la mejor de la zona, de todos lados venían a ver ese maravillo campo.

Su pequeña hija de nombre de Ayelen la escuchaba cada día sin excepciones comenzar su día de esta manera. Un día, la pequeña miró a su madre y le preguntó: ¿Por qué comienzas así todos tus días?...Su madre sorprendida por la pregunta, miró a su hija sonrió y siguió caminando. Mientras caminaba Rayen no lograba acordarse del porqué de su rutina, estuvo todo el día pensando; pero nada le ayudaba a recordar. Cerca del medio día decidió parar de trabajar y dijo *hoy me acostare sin decir esa frase...y no la volveré a decir hasta que logre entenderla.*

Sin darse cuenta, Rayen había llegado al final de su día; al acostarse recordó sus palabras y cerró su boca; luego volvió a decir *si no recuerdo por qué lo digo, no lo diré más.* Esa noche, Rayen no

lograba conciliar el sueño, algo la tenía intranquila, de pronto se escucharon gritos, todos los vecinos corrían al campo de Rayen. Aquella noche un incendio había quemado una parte de su campo. Rayen, que con el alboroto había despertado, miró su campo y se preguntó *¿Por qué sucede esto?* Gracias a sus vecinos, el fuego fue controlado y las pérdidas no fueron muchas. Al llegar la mañana, Rayen miró una vez más su campo y sin darse cuenta comenzó su día sin repetir el que había sido por generaciones el adagio de su familia.

Los días fueron pasando y Rayen no volvió a decir su viejo adagio, mientras su campo como nunca antes no rindió como ella estaba acostumbrada. Extrañada por lo sucedido, mandó llamar al Machi de su comunidad para que quitara el maleficio que según ella había caído por envidia de sus vecinos sobre su siembra. El machi llegó a su campo y comenzó un antiguo ritual; de pronto él se detuvo; Rayen que no entendía que pasaba, lo miró y le preguntó *¿porque te detienes si aún no terminas el ritual?* El machi miró a los ojos de Rayen, sonrió y le dijo *yo no puedo hacer nada mi niña, esto lo has provocado tú y tú misma deberás romperlo.* Mientras caminaba fuera del campo, el Machi volvió a mirar los ojos de Rayen y le dijo: *Los pactos con la Pachamama y Newen son eternos;* dicho esto desapareció en medio del camino.

Los días se sucedieron y Rayen no entendía lo que se le había dicho. Poco a poco la tierra se fue secando y no daba fruto. Rayen miró su campo muerto, estéril y tomó una decisión, miró a la pequeña Ayelen y le dijo: *hija, nos vamos a vivir al pueblo, buscaré un trabajo*

ya que la tierra se ha cerrado para mí. Fue así como al cabo de unos días Rayen junto a su hija estaban instaladas en la ciudad de Lautaro.

Al pasar el tiempo, ella olvidó por completo su viejo adagio y llevó una vida de ciudad, pronto encontró un trabajo como asesora del hogar, y fue así que comenzó su nueva vida. Se levantaba a las 06:00 de la mañana para preparar todo, pasar a dejar a su pequeña al colegio e ir a trabajar; así, día tras día, Rayen se fue olvidando de quién era, sus principios, crianza, pero sobre todo de la tierra que por años le dio de comer.

Su rutina había cambiado; ahora se levantaba, regañaba y decía ¡Un día más!; de esa manera comenzaba cada día desde que llegó a la ciudad.

Una mañana, que parecía como todas hace ya algún tiempo, Rayen miró por su ventana más allá de donde sus ojos podían ver, suspiró y se dio cuenta que extrañaba su viejo campo, el aroma de la tierra húmeda cada madrugada, el cantar de las aves y el susurro del río que con amor regaba sus tierras. Pero, en un segundo, suspiró más fuerte que nunca y se preguntó... *¿qué saco con volver si la tierra me dio vuelta la espalda?*

Así fueron transcurriendo los días, éstos se transformaron en meses y, sin darse cuenta y como en un cerrar de ojos, más de 25 años habían pasado. Una mañana, ya con más de 70 años en el cuerpo, su hija que había salido hace muy poco de la universidad, la miró a los ojos y le dijo:

Hace ya varios años te hice una pregunta, la cual jamás lograste darme la respuesta; por años te he visto triste, cansada; como si la vida se te fuera día a día y aun cuando te cueste creerlo, creo que todo esto fue mi culpa. Rayen, sorprendida, miró a su hija le dijo *¡No!, cómo se le ocurre decir eso.* Acto seguido, Ayelen comenzó a contarle una vieja historia a su madre, la cual había aprendido cuando niña.

Cuentan los antiguos que un día Newen tomó forma humana y recorrió por completo la Pachamama, sembrando en ella semillas de vida. Mientras caminaba Newen iba cantando una pequeña canción y con cada canto las semillas crecían de una manera nunca vista.

La Pachamama encantada por el canto de Newen entregaba lo mejor de su tierra y abrazaba las semillas haciéndolas crecer y dar un fruto espectacular.

Sin que ninguno de los enamorados espíritus se dieran cuenta un joven los observaba a los lejos y escuchaba la canción, que ante sus ojos hacía crecer la siembra. Poco a poco se fue acercando, en silencio y tratando de no interrumpir el idilio que vivían ambos espíritus en la tierra. En un instante tomó las vestimentas de Newen y le dijo...*Quieres tener un lugar para ti y tu enamorada eternamente en mis tierras.* Newen lo miró y dijo *¿Qué deseas a cambio?;* el joven sin pensarlo respondió: *quiero que me enseñes tu canción.*

Newen, que sólo deseaba seguir junto a su enamorada accedió a la petición de este joven, pero le advirtió lo siguiente: *si un día dejas de cantar cada mañana las palabras que te enseñaré, nuestro trato quedara roto.* El joven estrechando su mano con la de Newen, aceptó

por completo el trato y lo guió hacia su tierra. En ese momento, Newen le dijo al oído: *Cada mañana así dirás y promesa cumplida verás.*

¡Caminando desperté, caminando me dormiré!; el joven le preguntó: *¿sólo eso?, ¿nada más?* Newen lo miró y le dijo: *de los demás me encargo yo; pero recuerda nunca dejes de cantar cada mañana lo que te he dicho.* El joven luego guió a los enamorados hacia su campo, lo cercó y comenzó a construir una casa en medio de sus tierras.

Los años fueron pasando y el joven envejeció, tuvo hijos nietos, hasta unos bisnietos alcanzo a conocer. Llegado el momento de su partida de este mundo, el joven ya hecho anciano reunió a sus hijos y les contó la historia, les hizo prometer que jamás dejarían de cantar el adagio que les había enseñado desde niños.

De la nada, Rayen comenzó a llorar, su hija preocupada la abrazó y trató de consolar a su madre, quien la miró y le dijo: *hija, esa historia la conozco muy bien. También a uno de los hijos de ese joven y la promesa que pasó de generación en generación.* Ayelen miró a su madre y le preguntó: *¿Cómo conoces esa leyenda? ¿O a quienes la vivieron?* Fue ahí que su madre recordó todo y comenzó a contarle una vieja historia familiar a su hija.

Hace muchos años, existió ese joven que tu leyenda contó; se llamaba Leftraru; tú descienes de ese joven y mi abuelo fue nieto de uno de sus hijos. La historia continúa de la siguiente manera, hija mía.

Cuando el joven construyó su casa, sembró en sus terrenos cebada, y cada mañana comenzaba su día con el viejo adagio:

¡Caminando desperté, caminando me dormiré! Cuando aquel joven decía el adagio algo mágico pasaba por las noches, poco a poco una bella luz caía sobre su siembre, él decía que en ese momento Newen visitaba su tierra y junto a su enamorada bendecían la tierra. Así, el campo fue bendecido desde ese día y siguió siéndolo por generaciones siempre que el adagio se repitiera al iniciar y terminar cada día.

*Hija, hoy más que nunca te puedo decir que no fue tu culpa nada de lo que ha sucedido, la culpa fue mía; esto sucedió porque olvidé y no cumplí el pacto que nuestro familiar hizo con Newen, ese campo fue entregado como un verdadero lecho de amor para los espíritus de la tierra y Newen; fui yo quien rompí el trato. Llorando, Rayen se levantó de su cama, y le dijo a Ayelen: *hija, vamos volveremos al campo, tenemos un compromiso que cumplir. Y volveremos a sembrar, estoy segura de que nuestra tierra volverá a ser fructífera, quizá nos cueste un poco, pero hoy me has ayudado a recordar y por fin poder responder tu pregunta. Nuestro adagio es un pacto, el cual nuestro antepasado hizo con Newen para que el bendijera nuestra tierra.**

Al llegar al campo, Rayen lloró sobre la tierra y pidió perdón por olvidar la promesa de su familia, con cada lagrimea que caía en tierra ésta comenzó a despertar y como si fuera el primer día del idilio de los espíritus en la tierra, el campo comenzó a florecer.

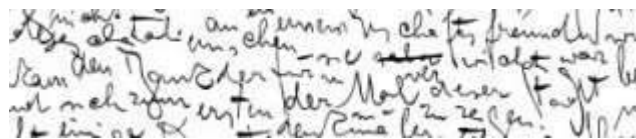
Maravillada por lo sucedido, Rayen gritó a los vientos el viejo adagio: ¡Caminando desperté, caminando me dormiré! En ese instante, Newen apareció sobre el campo, tomó la mano de Rayen y renovó el pacto con su familia.

Los años siguieron pasando; Ayelen contrajo matrimonio y tuvo hijos y este pacto fue pasando de generación en generación hasta el día de hoy. Nunca más ella dejó de decir el adagio familiar, renovó la cerca, reparó la casa, día a día siguió sembrando la tierra.

Cada mañana Ayelen comenzaba y terminaba su día diciendo ¡Caminando desperté, caminando me dormiré! Y cada noche la luz de Newen iluminaba su campo y la Pachamama bendecía la tierra, el río volvió a regar su campo y una vez más la cebada de aquel lugar fue la más cotizada. Poco a poco fueron llegando como antes visitantes para admirar la belleza de sus siembras y su campo.

Hoy en día los nietos de Ayelen cuentan la historia de por qué su campo es bendecido; y cada noche esperan que la luz de Newen caiga sobre sus siembras. Una noche, Newen miró a los niños y les dijo: *mientras caminen nada podrá estancar su vida, nunca dejen de trabajar, nunca dejen de cumplir nuestro pacto y yo les abriré camino en la tierra. Y junto a mi amaba bendeciremos su tierra y por siempre su campo será el más hermoso.*

Así fue y así es hasta este día, cada siembra se ilumina por las noches y la canción de Newen suena en los campos iluminando la cebada, las espigas danzan al escuchar el canto levantado a la Pachamama en un manto de cebada y la llevan a los brazos de Newen para vivir día a día su idilio.



X...
die...
kam...
ich...
...
...

Pablo Tapia P.

Joven escritor lautarino, amante de la literatura antigua. Durante el último tiempo se ha presentado en diversos concursos literarios de carácter nacional e internacional; busca reencontrar a los jóvenes con la literatura, la poesía, la novela; sus diversos géneros y formas.

Alejado por más de 15 años de su pasión, decidió volver a las letras en un momento de crisis, encontrando en ellas el camino correcto hacia una realización personal. Entre sus libros favoritos destaca “Que Dios se lo Pague”; su frase favorita es “Sin leer el Libro, criticaron su caratula”, de su autoría.

POESÍA

Trans

Mención Honrosa

Por Enrique Marchant Díaz

Sueño derramado

Mujeres fantasmas
se asoman al mediodía.
Se hacen una
en el maldito de turno
que me arrastra
con su beso clandestino
a lo profundo.

Entonces, sueño andrógino
hasta la madrugada
y despierto
con este gallo
endurecido
que sale a derramar su canto
con el pico quebrado.

La inalcanzable

Maquillada de certidumbres
dominas el espacio de los sueños despiertos.
Pero ya no me espanta tu frialdad de vitrina
ni tu sangre de joya ni tus pechos del infierno
porque sé que habitas en el hueco
más odiado de esta cama
y en el silencio que se esconde
detrás de mis gritos.

Ya no te pido ni te doy
paso a tu lado sin ofenderme
por tu gesto difícil y estudiado
disputándome el espejo.

Tan solo quisiera tener tres pulmones
y un clítoris gigante
para echarte como escupo en la cara
el gato transparente de este insomnio.

Nocturno

Deja que seduzca
la noche de tu vientre
y la luna nueva de tu boca.
Deja enloquecer
mis brújulas
para llegar al quinto punto cardinal
de tu deseo.

Aparición

De alguna manera extraña
por alguna razón que desconozco
te estás volviendo
angustiosamente imprescindible
y me va creciendo
esta perra oscura
que ladra de agonía
cuando te me instalas
a quemarropa
gigante y tangible
como recuerdo de guerra.

Prisioneros

Ahora ya ni sé
si odiar o amar esta minúscula ventana
por donde podemos contemplarnos
durante leves instantes
o vernos pasar desde lejos
o rozar nuestros dedos mojados
o sencillamente
echarnos a correr una lágrima asexuada
que no sabemos hacia dónde evapora sus culpas.

No somos, somos

Al final
no somos solo un par
de bocas prohibidas
que se encuentran
sino dos universos
intercambiando galaxias.

Tampoco somos dos, sino uno
fundidos en tiempo y espacio.

Tampoco somos uno, somos miles
millones que despiertan del letargo.

Y tampoco somos eso,
somos nuestra especie maldita
que estalla en el beso más puto
y en el roce más sutil.

Pétrea II

Piedra de mis piedras
lamo la suavidad caliente
de tus poros
la coloratura
de tu fuego primigenio.
Muerdo tu polvo amalgamado
y me abandono a la temperatura
de tu naturaleza soleada.
Dilato tu volumen con la lengua
de mis manos.
Abrazo tu tamaño
con todo el tamaño de mis labios.
Te miro
te manipulo
te volteo
te froto
y me regalas
tu misterio de piedra.
Derramo mis vinos candentes

que inundan tus caras
y los dejo escurrir
por toda la constelación
de tus vetas
hasta dejarte blandamente
entregada
para esculpirte perfecta
al encaje de mi forma
y fundirme contigo
en lo más lento y sexual
de las lavas.

Herencia

Aquí te dejo mis huesos
una lágrima de azufre
esta sangre borracha
la tristeza de mi pubis
y murciélagos de hermosura.

Te heredo aquel hueco
en el espejo
esta oruga solitaria mordiendo
a sus hijos
y esa guitarra que cuelga
sin boca.

Te regalo mis incertidumbres
el crujir de esta sombra
y las palabras te amo
en ningún idioma.

Te dejo pan
leche
el diario
y todo el frío de lo innombrable
para que te cubras cuando queme
el otro sexo de mi sexo
en tu recuerdo.

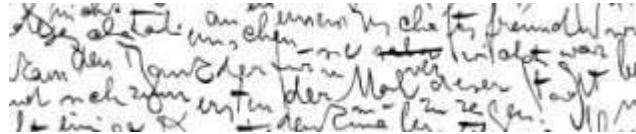
Yo
desposeído y lejana
estaré alimentando
a los perros salvajes
de tu olvido.

Desde Sting

Ahora que el dolor
ha ingresado en nuestra esfera
como un aguijón transparente
ahora que la sábana se apaga
en un frágil ritual de besos

ahogándose
ahora que estas alas danzan solas
en vuelo directo al corazón
de lo innombrable
ahora que Lázaro no puede levantarse
con la magia de tu labios
ahora que los mares traen
la perdida luz de tus ventanas
por las que ya no puedo entrar
ahora que continuamos amándonos
sin que la mano abierta de tu pubis
abrase la dura lengua de mi vientre
para arrebatarme su secreto
ahora que nuestros espasmos se derraman
solitarios
y nuestros ojos por no ver se caen
hacia adentro
ahora que nos buscamos en sueños que olvidamos
al despertar
no nos queda más que seguir latiendo
en contrapunto
consagrando a la distancia
nuestro secreto matrimonio
de fuego y agua
para que habitemos la misma atmósfera
imposible
para que sigamos bailando con la Luna

esta música truncada
y nos atemos las espaldas ausentes
y nos quememos sin penetrarnos
y nos gocemos al saborearnos
el recuerdo con nuestros labios inútiles.



Enrique Marchant Díaz nació en octubre del año 1960, en Santiago. Desde ese entonces va y viene entre la capital y el litoral de los poetas. Profesor de castellano titulado por la Universidad de Chile, allá por los ochenta. Ha incursionado en la fotografía, la escritura de cuento y poesía, y la edición de material didáctico infantil y juvenil. El año 2013 fue diplomáticamente “desvinculado” de la última editorial en donde prestaba servicios y decidió abandonarse a la aventura del trabajo independiente y la creación. Siente que el apelativo de escritor es muy ambicioso y prefiere ser reconocido como *escribidor*, pues aún no ha obtenido fama ni dinero con ese oficio. Algunos de sus cuentos, microcuentos y poemas han sido incluidos en antologías de concursos en España y Uruguay. En Chile ha sido publicado en la versión 2014 del concurso *Valparaíso en 100 palabras*. Participó en los años 90 como integrante y tallerista invitado en los talleres de poesía dirigidos por el antologador y poeta Erwin Díaz. Este año participa en un taller de cuento con el escritor y crítico literario Camilo Marks.

Jurados en Cuento

Diego Muñoz Valenzuela (Constitución, Chile, 1956)

Ha publicado siete libros de cuentos: *Nada ha terminado*, *Lugares secretos*, *Ángeles y verdugos*, *De monstruos y bellezas*, *Déjalo ser*, *Las nuevas hadas y Microsauri*; cuatro novelas: *Todo el amor en sus ojos* (tres ediciones: 1990, 1999, 2014), *Flores para un cyborg* (tres ediciones: 1997, 2003, 2010), *Las criaturas del cyborg* (2011) y *Ojos de Metal* (2014); las tres últimas conforman una trilogía de ciencia-ficción; y los libros ilustrados de microrrelatos *Microcuentos* (libro virtual, 2008, con Virginia Herrera) y *Breviario Mínimo* (2011, con Luisa Rivera). Se distingue como cultor de la ciencia ficción y del microrrelato.

Ha sido incluido en antologías y muestras literarias publicadas en Chile y el extranjero. Cuentos suyos han sido traducidos al croata, francés, italiano, inglés, islandés y mapudungun. Distinguido en numerosos certámenes literarios, entre ellos el Premio Consejo Nacional del Libro en 1994 y 1996.

La novela *Flores para un cyborg* fue publicada por EDA Libros en España (2008), en Italia por la editorial Atmosphere Libri (2013), y en Croacia por la editorial ALFA (2014); y los volúmenes de cuentos *TAJNA MJESTA* (*Lugares secretos*) en Croacia por ZNANJE (2009) y *MICROSAURI* (*Microsaurios*) en Italia por Robin Edizioni (2014).

En 2011 el autor fue seleccionado como uno de los "25 secretos literarios a la espera de ser descubiertos" por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara para celebrar sus 25 años de existencia. En 2012 recibió la MEDALLA COLIBRÍ 2012 en categoría Literatura Juvenil / Libros de Ficción, otorgada por Colibrí-IBBY Chile (International Board on Books for Young People) y el Centro Lector de Lo Barnechea, por el libro de microrrelatos ilustrado *Breviario Mínimo*.

Más detalles en:

<http://diegomunozvalenzuela.blogspot.com/>

Lilian Elphick (Santiago de Chile, 1959)

Licenciada en Literatura por la Universidad de Chile, escritora, directora de talleres literarios y editora de la página web de la Corporación Letras de Chile, <http://www.letrasdechile.cl/Joomla/>

Publicaciones:

"La última canción de Maggie Alcázar" (1990); "El otro afuera" (2002); "Ojo Travieso" (2007); "Bellas de sangre contraria" (2009). Este libro obtuvo el Premio Mejores Obras Literarias Editadas, categoría cuento, del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Santiago, Chile, Octubre 2010; "Diálogo de tigres", Beca de creación literaria del Consejo de la Cultura y las Artes, Santiago, Chile, Enero 2011; "Confesiones de una chica de rojo", Beca de Creación Profesional del CNCA, Santiago, Chile, 2012, "K", Beca de Creación Profesional del CNCA, Santiago, Chile, 2013.

Actualmente, prepara su libro de cuentos "Praderas amarillas", beca de Creación Profesional del CNCA, Santiago, Chile, 2014.

Ha sido publicada en numerosas antologías de cuento y microrrelato, tanto en Chile como el extranjero.

Sus textos han sido traducidos al inglés, húngaro, gallego, francés e italiano.

Mantiene el blog Ojo Travieso, desde 2006: <http://lilielphick.blogspot.com>

Miguel de Loyola

Profesor de Estado mención Castellano y Magister en Letras mención Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Secretario de redacción de la Revista Literaria *Proa*, Argentina.

Miembro del Círculo de Críticos de Arte de Chile.

Vicepresidente de la Corporación Letras de Chile.

Editor de la página web www.letrasdechile.cl

Blog: www.migueldeloyola.wordpress.com

Publicaciones:

- Bienvenido sea el día*, cuentos, 1991, Ediciones Mar del Plata
- Despedida de Soltero*, novela, 1999, Lom Ediciones.
- El desenredo*, nouvelle, 2004, Bravo y Allende editores.
- Cuentos del Maule*, 2006, Bravo y Allende Editores.
- Esa vieja nostalgia*, 2010, Bravo y Allende Editores.
- Cuentos Interprovinciales*, 2012, Proa American Editores, B. Aires.
- Pasajeros en tránsito*, cuentos, 2013, Prosa American Editores, B. Aires.
- El estudiante de literatura*, novela, 2013, Editorial Niram Art, Madrid.

Jurado en Poesía

Ástrid Fugellie Gezán nace en Punta Arenas. Educadora de Párvulos. Escritora. Premio Academia de la Lengua, 1989. Miembro de la Sociedad de Escritores de Chile y de Letras de Chile. Obras: *Poemas*, *Una casa en la lluvia*, *Quién es quién en las Letras Chilenas*, *Los círculos* (4 ediciones), *Dioses del sueño*, *Llaves para una maga*, *La generación de las palomas*, *Antología 40 años de poesía (1965-2008)*, *En off*. Traducida a varios idiomas.

Índice

Viento Puelche, por José Francisco Muñoz Serón	4
Casa abierta, por Isaura Neira Pino	12
Insectobots, por Rodrigo Torres Quezada	16
Disfraces, por Mario Medina Jorquera	24
Aleatorio y evidente, por Aldo Padilla	33
Cachipún, por Edmundo Morales	37
Las apariencias engañan, por Marcela Sabbatino	39
La rama seca, por Gabriel Carrasco	47
Pacto por amor, por Pablo Tapia P.	55
Trans, por Enrique Marchant Díaz	64
Jurados	73